

servirse de ellas y cuidar en casa de la disciplina moral de sus hijos. Creo que este sentimiento está echando raíces entre nosotros y que el establecimiento de grandes escuelas públicas de externos en las ciudades, tiende mucho á que los padres, particularmente con respecto á las niñas, se reconcilien con un sistema de enseñanza que hace pocos años era considerado por las clases altas y medianas como impropio y como si rebajara un tanto la categoría social. La disciplina en una familia ordenada é inteligente y las relaciones entre hermanos y hermanas, son, en sí mismas, una parte importante de la educación. Pero esto no se puede alcanzar cuando las tres cuartas partes del año se pasan en una comunidad que se asemeja muy poco á una familia; y en donde todos los compañeros son de un mismo sexo, casi de una misma edad, y en la cual el alumno está colocado bajo la vigilancia de un extraño que no tiene más que un interés profesional en sus adelantos.

*El estudiante ha de trabajar en casa.*—Si consideramos bien la cuestión, se puede decir que la confianza otorgada al colegio de internos es, en cierto sentido, una ofensa al hogar. Une las ideas de deber, de orden y de ocupación sistemática enteramente á la escuela; y á la familia las de ocio, desorden é indulgencia habitual. Pero, según el mejor concepto de la vida juvenil, la escuela y el hogar son lugares de disciplina metódica, y de ocupación ordenada y grata. Después de todo, en su casa es donde debe hacerse gran parte del trabajo del hombre y de la mujer, y cuanto antes este hecho se haga evidente para el joven, tanto mejor. Ningún padre debería renunciar voluntariamente durante la mayor parte del año á la educación moral de su hijo. Que tantos lo hagan, sin embargo, debe atribuirse en parte, en algunos, á la convicción de que no pueden atender á

ello por sus otras ocupaciones, ó por su incapacidad personal para hacerlo propiamente; y en parte, por amor al exclusivismo social, que es un rasgo muy característico, y no el más noble por cierto, de las clases medias y superiores. Sabemos todos que con frecuencia se habla de una escuela de externos como de una institución inferior, en la cual habrá una mezcla de clases sociales, objeto de especial repugnancia para los ricos vulgares. Con un sentimiento más acertado de responsabilidad por parte de los padres y una idea más exacta de las funciones de una escuela, es probable que esta dificultad se haga sentir menos. La reunión de niños ó jóvenes de diferentes categorías sociales en las aulas, no ofrece ningún verdadero peligro para los usos y costumbres de los alumnos. Al contrario, esa reunión servirá más bien para borrar falsas preocupaciones, suplir la mejor especie de estímulo intelectual y mostrar al joven su verdadero lugar en el mundo donde tendrá que representar su papel. Este principio está ya generalmente admitido, con respecto á los varones, pero por varias razones no lo está, tan de buena gana, con respecto á las hembras, por más que sea tan cierto y tan sano en ambos casos. Espero que no tardará en admitirse por los padres más delicados, que con el debido cuidado en cuanto á las amistades que formen sus hijas fuera de la escuela, pueden no solamente sin riesgo sino con mucho provecho, permitirles participar de todas las ventajas de las buenas escuelas públicas de externas; y no deben tener más recelo en cuanto á los efectos de las compañías en las escuelas que con respecto á las reuniones dominicales para objetos piadosos.

*La escuela de pupilos.*—En los colegios de internos se forman necesariamente hábitos y relaciones personales; y puesto que, en parte por necesidad y en parte

por preferencia de ciertos padres, existirán siempre escuelas de pupilos, es preciso comprender que las razones que las abonan y que deben presidir á su organización difieren mucho según se trate del uno ó del otro sexo. En las grandes escuelas públicas se aprende mucho más de lo que constituye las lecciones, y que los niños no pueden aprender en sus casas. Representan un gimnasio moral, un campo de contienda, una comunidad republicana en la cual los derechos personales han de ser mantenidos por cada cual á la vez que los respete en los demás; debe ser un microcosmos, un terreno preparatorio para los asuntos y las luchas de la vida y para los deberes de un mundo donde el hombre tiene que trabajar y contender con sus semejantes. Pero un gran establecimiento monástico para niñas no se parece á ningún mundo á que estén probablemente destinadas; no tiene lecciones que dar ni disciplina que ofrecer que correspondan en lo más mínimo á las próximas exigencias de la sociedad y de la familia. De ahí resulta que mientras el ideal del colegio de internos para varones puede ser vasto y majestuoso, con su gran incentivo de la unión, sus tradiciones, sus rivalidades, su notoriedad, su representación en pequeña escala, de la vida municipal y política, el colegio ideal para internas ha de ser una institución en la cual se atiende á todos los ramos de la enseñanza, lo bastante para permitir una perfecta clasificación, una exacta división de los deberes entre los maestros, y mucha actividad intelectual; pero deberá organizarse en todos sus arreglos interiores como si la formaran varias pequeñas escuelas aisladas, divididas en comunidades ó grupos que no pasen de unas 20 niñas, cada uno bajo la dirección de una maestra á cuyo cargo estén los cuidados propios de las madres. Y en cada una de dichas escuelas será bueno cuidar de reunir, bajo

un mismo techo, alumnas de edades diferentes, de modo que las relaciones de auxilio y de protección se puedan establecer entre las mayores y las más jóvenes y que así se logre establecer algo análogo á la disciplina de familia.

*Pupilajes clasificados.*—No hemos de olvidar tampoco que todos los grandes establecimientos para internos destinados á una clase particular de alumnos, como las escuelas de huérfanos y otras semejantes, ejercen una influencia muy depresiva en la formación del carácter, y que se funda su organización en un principio esencialmente erróneo. Las desventajas correspondientes á cada clase de alumnos en particular se aumentan por el mismo propósito de educarlos juntos. La experiencia nos ha demostrado que lo peor que se puede hacer con los hijos de los pobres es reunirlos en escuelas de pobres; y lo más acertado es hacer que lo antes posible pasen á vivir en casas ordinarias, ó en escuelas frecuentadas por niños cuyos padres no sean pobres de solemnidad.

*Bifurcación.*—¿Hasta qué punto serán los principios que hemos sentado compatibles con un sistema de bifurcación ó división de la escuela superior en dos ramificaciones correspondientes á las disposiciones especiales ó á la carrera probable de los alumnos? Sobre este punto ha habido mucha discusión. Aun en nuestras más afamadas y antiguas escuelas, se ha reconocido que la disciplina clásica tradicional no conviene igualmente á todos los alumnos; que lo que se llama asuntos modernos—lenguas vivas y ciencias—tiene derecho á consideración; y que á todos los discípulos que no se destinan á la universidad, así como á todos los que al entrar en la vida académica intentan dedicarse especialmente á las ciencias, debería ofrecérseles una alternativa, haciendo que les fuera permitido elegir las lenguas vivas ó las muertas, la física y química ó la literatura. Esto

es lo que ha dado lugar en tantas grandes escuelas al establecimiento de lo que llaman "estudios modernos." Es imposible admitir que este experimento haya tenido un éxito completo. Se hace con frecuencia una separación completa, á los 15 años, entre los alumnos de la sección *moderna* y los de la *clásica*. Los primeros son, á veces, entregados al cuidado de maestros cuya categoría académica es secundaria. Está admitido que el trabajo es tal vez más fácil, y que los alumnos de menos capacidad lo prefieren; así se considera como menos honroso para ellos el pertenecer á esa sección; y los que se quedan en la sección *clásica* y ganan en ella los honores y distinciones de uso, se consideran intelectual y socialmente superiores á los que pasan al *locus penitentiae* que para ellos representa la sección *moderna*. Lo que es peor, los mismos maestros muchas veces alientan este sentimiento, por creer que la carrera escolástica más honrosa consiste en dedicarse exclusivamente al estudio de los clásicos. Mientras dure tal estado de la opinión académica no podremos ofrecer una prueba equitativa de otras formas de disciplina intelectual. Espero que antes de mucho llegaremos á la conclusión de que el verdadero modo de reconocer los derechos de lo que llaman asignaturas modernas no consiste en establecer secciones separadas, sino más bien en formar una opinión más prudente y filosófica acerca de la extensión y propósitos de la educación escolar. No conviene que el niño que haya de estudiar humanidades quede ignorante de las leyes físicas, y es todavía peor que el que se siente inclinado á las ciencias naturales esté privado de la cultura intelectual que dan la literatura y las lenguas; muy dudoso es que convenga reconocer desde muy temprano las diferencias de las inclinaciones naturales ó carrera probable.

Hasta cierto punto es bueno para todos aprender muchas cosas para las cuales no tengamos aptitud; de no hacerlo, no presentamos á nuestras facultades campo propicio para su desarrollo. Hasta haber fijado la atención en ciertos ramos del saber, no sabemos si nos podrán ser útiles ó no. Todos conocemos á personas cuya educación intelectual ha sido enteramente especial;—v. g., hombres eruditos que nunca ha consagrado un momento de estudio á las ciencias experimentales ó de observación en ninguna forma. En algunos el resultado se echa de ver en el gran desprecio que hacen de la clase de conocimientos que ellos mismos no poseen. En otros, el resultado aparece en una apreciación sumamente exagerada de las ciencias físicas ó de las matemáticas, y una absurda desestimación de aquella forma de cultura mental á la que ellos mismo deben tanto. Estos dos estados de la mente son perjudiciales y nos debemos precaver contra ellos, cuidando de que nuestra enseñanza ofrezca, á lo menos, los elementos de diversas especies de conocimientos á *cada* estudiante. Habrá tiempo en que seguramente tendremos que particularizar; pero ese tiempo no llega tan pronto, y mientras llega es importante que aseguremos á cada alumno un conveniente y armónico ejercicio de la facultad lingüística, de la facultad lógica y de la facultad inductiva, como también de la comprensión y de la memoria. De todos modos, resuélvase abandonar ciertos estudios cuando la experiencia haya demostrado que no dan resultados; sustitúyase la lengua griega con la alemana ó hágase ejercitar más al alumno en la física que en la interpretación exacta de las sutilezas de los clásicos. Pero no se necesitan diferentes planes de enseñanza para alcanzar estos resultados; y si las secciones *modernas* han de existir en nuestras grandes escuelas, deben

justificar su existencia cumpliendo con estas sencillas condiciones :

*Condiciones de su buen éxito.*—1. Que el estudiante de idiomas no descuide las ciencias ni el de ciencias las lenguas, aun después de pasar á una sección particular.

2. Que en cada sección se atienda á las humanidades lo mismo que á las ciencias y las matemáticas en un mismo plan general, con la sola diferencia de la proporción de tiempo dedicada á cada asignatura particular ó á cada grupo de ellas.

3. Que, en cuanto sea posible, toda la parte de la instrucción que es común á los estudiantes en ambas secciones—y debería serlo, con mucho, la mayor proporción—les sea dada á todos juntos y no en clases separadas ni por diferentes maestros.

4. Que no haya pretexto para que se considere el curso *moderno* como inferior intelectualmente al otro, sino que ambos se consideren como equivalentes ; que exijan una misma proporción de trabajo, y que aun desde el punto de vista de los alumnos de la escuela se tengan por igualmente honrosos.

*Escuelas de niñas.*—¿ Hasta que punto podrá este sistema general de división en cinco secciones, cuyas dos primeras ceden gradualmente su importancia capital á los otros tres, ser en las escuelas de niñas ? Probablemente muy poco en realidad. Podemos, es verdad, admitir una circunstancia especial, por la cual los hombres debemos estar muy agradecidos ; y es que la mujer pasa la mayor parte de su vida haciéndola placentera á las demás personas, y que á ella corresponde ser el embeleso y el adorno del hogar, pues tal es su principal destino. De ahí proviene la mayor importancia que para la mujer tiene una educación artística. Los elementos de la música instrumental los deberían aprender todas las

niñas ; y estos estudios deben llevarse bastante adelante para dar á las aptitudes de la joven lugar para revelarse y dejar ver si hay probabilidad de que sobresalga en ellos. Tan luego como se haga patente que no tiene aptitudes especiales ni para lo uno ni para lo otro, deben abandonarse. Nada añade más á los encantos de la vida que la buena música, pero nada es mas triste que pensar en la pérdida de horas malgastadas por tantas jóvenes en la práctica mecánica de la música, de la cual ni ellas ni sus oyentes obtienen el menor placer verdadero. Una vez admitido esto, y reconocidos los justos requisitos del arte y del buen gusto como parte de la educación de la mujer, no hay razón para hacer una diferencia sensible entre la enseñanza intelectual del niño y de la niña. Las razones que abonan del cultivo coordinado de las facultades, se aplican á la especie humana y no á las necesidades especiales del sexo fuerte.

Estamos obligados á protestar aquí formalmente contra la manera de ver acerca de la educación de las niñas, opinión que prevalece tan generalmente entre los padres ignorantes ; con frecuencia se preocupan más de aquellos talentos que atraen la admiración en la juventud que de las cualidades que la conservan y que sirven prácticamente en la vida. Con el tiempo, la utilidad y la dicha de la mujer y su facultad de hacerse agradable para con los demás, dependen más que de ninguna otra cosa del interés inteligente que toma por las cosas dignas y elevadas. Algun día, tal vez, estaremos en condiciones para bosquejar el campo entero de los conocimientos y decir cuánto pertenece al hombre y cuanto á la mujer. Por ahora no tenemos á la mano los datos para esa clasificación.

La experiencia no nos ha autorizado aun para indicar alguna especie de cultura ó de conocimiento útil que

esté fuera del alcance de la mujer ó que no convenga á sus requisitos intelectuales; mientras tanto, el mejor plan de educación que podamos idear debe ser franca é igualmente puesto al alcance de ambos sexos. Nos conformamos con esperar y ver el resultado, pues estamos seguros de que ningún daño puede resultar de su aplicación.

*División del tiempo.*—En cuanto á la división del tiempo, es imposible dar reglas exactas aplicables á escuelas cuyo carácter y objeto son diferentes. Podríamos presentar algunos horarios modelos, pero probablemente inducirían á errores. Sería útil, sin embargo tener presentes algunas indicaciones generales para la formación de los horarios.

1. Calcúlese el número de horas dedicadas al estudio en la semana, y principíese por determinar cuántas de estas horas deberán dedicarse á cada asignatura.

2. Al hacerlo, trátase de hacer alternar el trabajo de modo que dos ejercicios que requieran atención sostenida, ó la misma clase de atención, no se sigan; es decir, que una lección de traducción, de historia ó de aritmética sea seguida de una de escritura ó de dibujo; que aquellas en que el juicio ó la memoria tengan más trabajo sean seguidas de otras en que hayan de ejercitarse otras facultades. Es claro que los trabajos que exijan más reflexión se han de hacer más temprano en el día.

3. Téngase en consideración la clase y composición del claustro de profesores, y la necesidad de una constante y variada pero no excesiva y pesada ocupación para cada uno de ellos; particularmente para los que son especialistas ó profesores de un solo ramo.

4. Como regla general, no se permita que una lección dure más de tres cuartos de hora. No es razonable contar con una atención continua y sostenida por más

tiempo, y, para niños de muy poca edad, aun media hora es suficiente. Por ejemplo, un estudio de tres horas por la mañana debiera dividirse en cuatro partes y las dos horas de la tarde en tres partes.

5. Un descanso de diez minutos entre cada dos clases puede destinarse convenientemente al recreo en una sala ó patio. Así, en una mañana habrá tres lecciones de tres cuartos de hora cada una y otra de media hora, lo que es bastante para el dictado ó escritura, y además un ligero descanso.

6. Arréglese las cosas de tal modo que haya movimiento y cambio de postura en cada lección, y una diaria podría darse convenientemente á los alumnos estando en pie.

7. Resérvese un momento cada día para el examen de las lecciones preparadas fuera de la escuela. Veremos más tarde que algunas clases de lecciones aprendidas en casa son susceptibles de pronta y buena corrección en la escuela.

8. Resérvese también un rato, media hora á la semana, para algo que no esté comprendido en la rutina de los estudios, para reunir á todos los alumnos y hablarles acerca de algún asunto de interés general ó leerles una página de alguna obra interesante.

9. El maestro director no ha de emplear todo su tiempo, si tiene ayudantes; de modo que pueda cumplir con su deber en lo que concierne á la vigilancia y gobierno general. La inspección y examen del estado de las diferentes clases debe hacerse á lo menos una vez cada quince días, teniendo cuidado de que las lecciones confiadas á los auxiliares, y á los maestros que no estén bien prácticos, se den en presencia del director ó maestro principal.

10. La puntualidad debe ser estricta tanto para prin-

cipiar como para dar fin á la lección ; de otro modo se falta á lo convenido con los alumnos. El horario ó cuadro de clases es como un contrato entre el maestro y los alumnos. No se ha de quebrantar. Los alumnos tienen tanto derecho á su intervalo de descanso como el profesor al suyo de enseñar y explicar. No puedo expresar cuánto gana una escuela con que el horario esté debidamente dispuesto, y con que sea estrictamente observado. Sabemos que en las escuelas primarias el horario, una vez sancionado y aprobado por el inspector y expuesto á la vista, se hace ley de la escuela, la cual no debe infringirse de ningún modo; y estoy seguro de que se gana mucho con someterse á un régimen justo y severo. La costumbre de señalar una hora para cada obligación y de cumplirla á su tiempo, es de gran valor en la formación de la conducta ; y una buena escuela es algo más que un lugar destinado á la adquisición de conocimientos. Debe servir de aprendizaje para la ejecución metódica de las obligaciones de toda la vida, debe ser un alto ejemplo de método y puntualidad, dar la costumbre de un trabajo organizado y constante, y ser como "la imagen del mundo."

*Clasificación.*—Al dividir una escuela en clases, hay que satisfacer dos condiciones, á saber : que los alumnos sean próximamente iguales tanto en habilidad como en adelantos, para que trabajen juntos y se ayuden en lugar de paralizarse entre sí ; y que haya un número suficiente en cada clase para promover verdadera competencia y estímulo mental. Una gran escuela donde las edades sean de 10 á 15 años, debe tener para el primer objeto, unas cinco clases. En general se puede decir que debiera haber tantas clases como hay edades diferentes representadas entre los alumnos. De otro modo, se mezclarían en una misma clase niños cuya inteligen-

cia y saber difirieren tanto, que algunos quedarían atrás mientras los otros adelantaran demasiado pronto. Por otro lado, es necesario que las clases contengan cierto número de alumnos, y creo que todo maestro entendido prefiere una clase numerosa á una pequeña. Hay ventajas en la compañía y simpatía que engendra el número, en el conocimiento de sí mismo que da la presencia de otros, y particularmente en el estímulo que recibe un niño torpe ó de pocos alcances al oír las contestaciones y presenciar los ejercicios de los más adelantados de la clase ; y estas ventajas no se pueden obtener en una pequeña. En realidad, creo que es tan fácil enseñar á la vez á veinte como á diez, y que, bajo ciertos aspectos, el trabajo se hace con más ánimo y brío. Así se comprenderá que las dos condiciones que hemos mencionado no pueden satisfacerse ambas sino en las escuelas de cierta importancia. Seguramente hay pérdida inevitable de recursos y de enseñanza en toda escuela de menos de cien alumnos, y mayor pérdida todavía en las pequeñas escuelas de 20 á 30 alumnos. En todas se hace necesario sacrificar la uniformidad de la enseñanza, ó, con un gasto considerable, tener un auxiliar para cada grupo de 6 ó 7 alumnos y, en tales casos, renunciar á la vida intelectual y á la emulación que sólo el número puede dar. En beneficio de esta vida intelectual haría de buena gana el sacrificio de otras consideraciones, y hasta en las escuelas pequeñas correría el riesgo de retardar los adelantos de uno ó dos de los alumnos mayores, ó de adelantar, de vez en cuando, á uno atrasado, aun más allá de lo que fuera de desearse en circunstancias ordinarias. Las peores escuelas son aquellas donde cada niño es instruído individualmente, donde recibe poca ó ninguna enseñanza en común con otros, y es interrogado ó recita su lección casi á solas con el maestro.

*Examen de ingreso.*—Al examinar á un alumno para su ingreso en la escuela antes de la edad de 10 años, conviene determinar su posición principalmente en cuanto á sus adelantos en lectura y aritmética. Para los de más edad, especialmente en una escuela en donde las lenguas forman la base de la instrucción más elevada, un examen sumario de latín, aritmética y lengua nacional bastaría para determinar su posición. Tales son los principios generales que han de decidir en qué clase debe ser colocado. Si queda duda, es más seguro y mejor colocarle primero en escala inferior, de preferencia á otra elevada. Será siempre tan fácil como placentero ascenderle más tarde si al principio no se han apreciado bien sus adelantos, mientras que no es fácil ni agradable hacerle bajar si se ha cometido error en sentido contrario. No creo que convengan las clasificaciones separadas en diferentes ramos, excepto en especialidades como el dibujo y la música, en las que las disposiciones individuales y los gustos de los niños necesariamente difieren mucho. Pero en lo que toca á los ramos ordinarios de enseñanza, lenguas, historia, lectura, escritura y ciencias, es conveniente tener á los estudiantes juntos. Alguna latitud puede concederse á alumnos de una misma clase que hayan alcanzado diferentes grados de adelanto en aritmética, y no será siempre posible ni útil que todos los alumnos de una clase estén estudiando exactamente unos mismos cálculos. Y aun aquí hemos de preguntarnos qué entendemos por progresos. No son significacion de ir hacia adelante solamente, sino de alcanzar un conocimiento completo de las aplicaciones de las reglas primarias. Me opondría, por esta razón, al deseo natural de los alumnos más inteligentes, que han adelantado más y tal vez completado todos los ejercicios del libro con respecto á una regla particular,

de pasar á una nueva antes que sus condiscípulos. Es mucho mejor hacerles emplear el tiempo, sea en recapitular, sea en ejercicios de un libro más difícil y escogidos á propósito, ó más bien en estudiar ejemplos más difíciles de las reglas inferiores. Cuando se pasa á una nueva regla, toda la clase la debe principiar á la vez, porque, como lo veremos luego, la explicación verbal de una nueva regla es parte esencial de la enseñanza; y los alumnos no pueden eximirse de esa clase de ejercicio intelectual que resulta de las preguntas, y del mutuo auxilio. Y si esto es cierto en cuanto á la aritmética, lo es seguramente en su aplicación á cualquiera otra materia de las que es costumbre enseñar en las escuelas.

*Honorarios.*—Algunas palabras se pueden añadir con respecto á los honorarios que hayan de pagar los alumnos. Esto dependerá mucho de la importancia de la escuela, pues el gasto por cabeza disminuye cuando los alumnos son numerosos; y depende también de la situación del lugar y de sus alrededores, y del valor, si alguno tuviere, de las dotaciones que la escuela pueda poseer; pero, cualesquiera que sean los honorarios prescritos, deben comprender todos los gastos de la escuela y todas las asignaturas enseñadas en ella. No hay inconveniente en una graduación de los honorarios según las edades, ó en exigírselos mayores á los que entren tarde en la escuela. Pero no se han de hacer graduaciones para asignaturas, ni pedir extraordinarios, como no sea por la música instrumental ú otro asunto especial que corresponda más bien á la enseñanza privada. Nada es tan fatal á la exacta clasificación de una escuela, y á su unidad general, como la obligación de consultar á los padres á cada paso de la carrera del alumno para saber si pueden pagar lo que cuesta tal ó cual asignatura nueva. La escuela no es un mercado donde se pueden